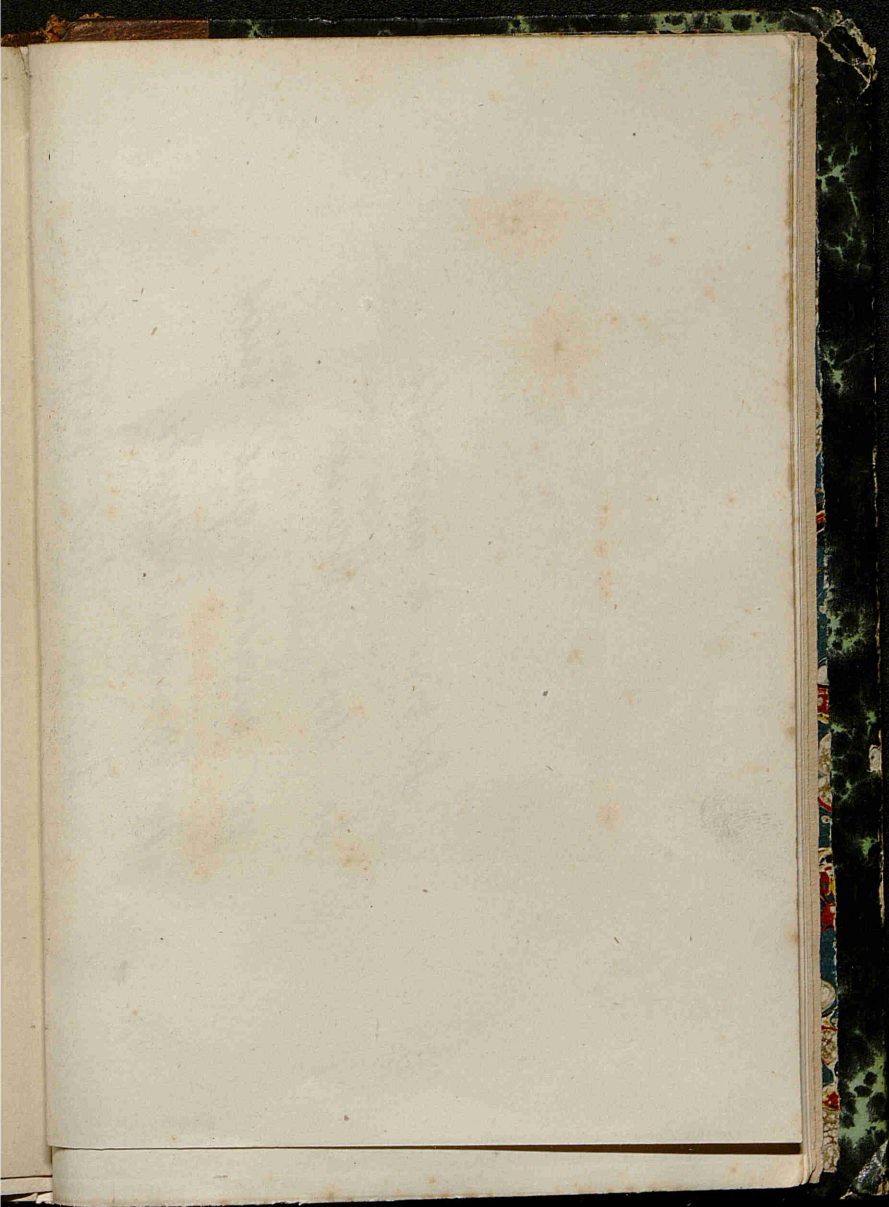


Galería de los Contemporáneos.



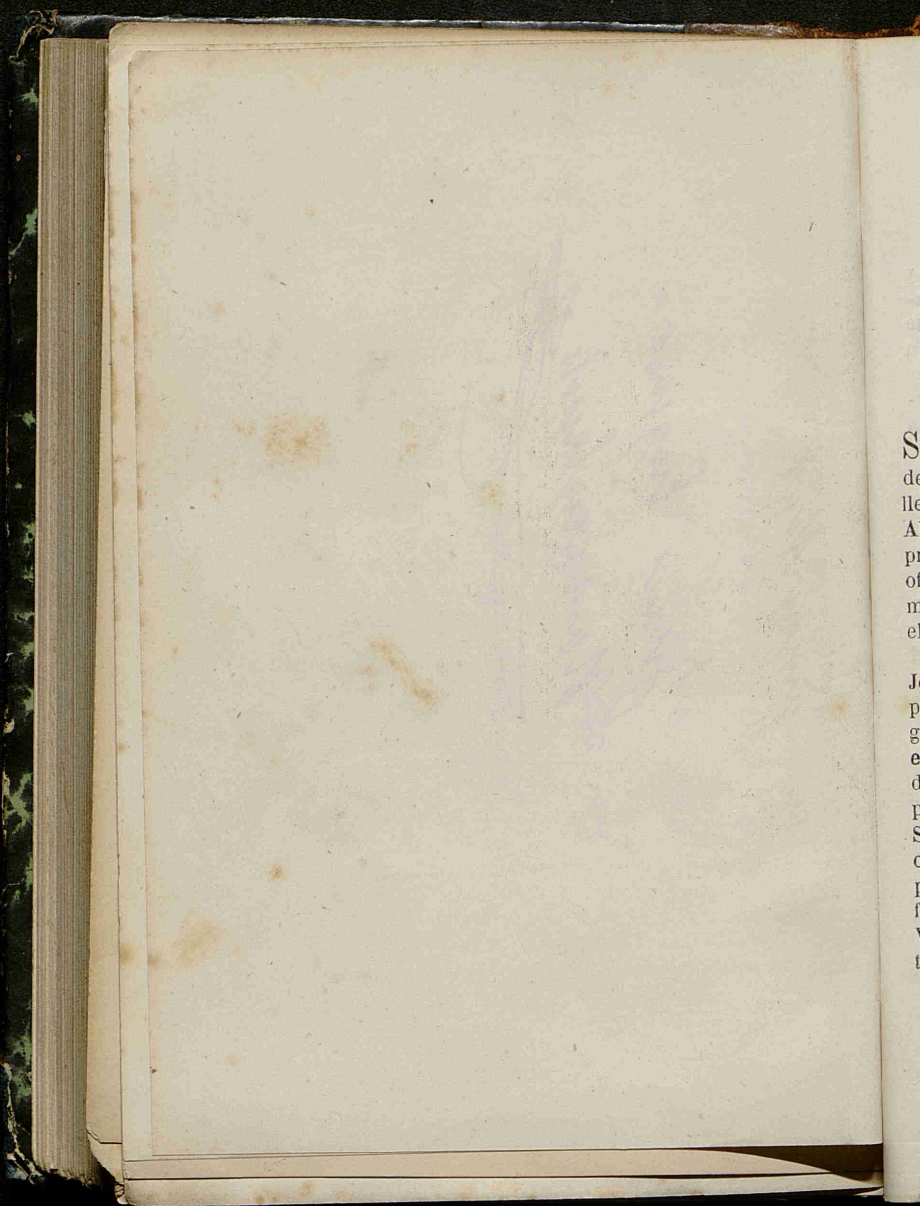
R. Castro, fotógr.

Juan Eugenio Hartzenbuch.



Se tiñó de amarillo
la rosa blanca
por envidia que tuvo
de la encarnada.
Feman las niñas
convirtiéndose de blancas
en amarillas.

Juan Eugenio
Martínez de los Ríos



S
de
lle
Al
pr
of
m
el

J
p
g
e
d
p
S
o
p
f
V
t

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Santiago Hartzenbusch, natural de Shwadorf, cerca de Colonia, y su mujer María Josefa Martínez Calleja, hija de un labrador de la villa de Valparaíso de Abajo, obispado de Cuenca, residían en Madrid á principios del siglo actual, ejerciendo el primero su oficio de ebanista al lado de su hermano Juan, que mereció por su habilidad en la misma profesion ser ebanista del Rey.

El día 6 de setiembre de 1806 dió á luz María Josefa un niño, al cual su tío, que fué padrino, puso por nombre Juan Eugenio, nombre que hoy distingue á uno de los primeros escritores dramáticos, el cual quedó huérfano de madre apenas cumpliera dos años. Referiremos brevemente la causa de tal pérdida. En agosto de 1808, viviendo la familia del Sr. Hartzenbusch en la calle de las Infantas, y en ocasion de estar embarazada su buena madre, pasó por aquella calle una turba desalmada, que con feroz encono iba arrastrando al cadáver de D. Luis Viguri, exconfidente del Príncipe de la Paz, y víctima del resentimiento de un criado. Atraída la jóven

y sensible madre á la reja por aquella griteria, y viendo tan inhumano proceder, exclamó. *¡Ay qué lástima!*; involuntaria espresion de un alma noble, que fué contestada por uno de los que seguian á aquella horda repugnante con frases amenazadoras. Retiróse María tan asustada y sobrecojida de espantoso terror, que perdió el juicio un mes despues de esta escena, y á los dos dias de haber dado á luz un hijo, llamado Santiago, al cual sobrevivió quince, durante los cuales, presa del delirio, balbuceaba palabras referentes al triste espectáculo que causó su muerte, á la edad de veinte y dos años.

El padre de D. Juan Eugenio era un hombre taciturno y de carácter poco expansivo, si bien apacible, y vivia alejado del trato de las gentes, por cuya razon su hijo pasó sus primeros años sin conocer mas sociedad que la de los que trabajaban con él en el taller de su padre, y cumplió los quince sin haber asistido á una representacion teatral ni haber leído un drama. No se crea por esto que su padre se oponia á su vocacion, no; además de ser habil ebanista y tornero, era escelente constructor de instrumentos matemáticos y hombre instruido, en fin, que quiso dar á su hijo mas distinguida carrera que la suya, destinándole al estado eclesiástico, al cual no llegó á pertenecer por la poca inclinacion que manifestó.

El Sr. Hartzenbusch estudió el latin y dos años de filosofía en S. Isidro el Real de Madrid, siendo su

preceptor de retórica y poética el P. Pedro Roca, jesuita.

Suspendió sus estudios por verse precisado á sustituir en la direccion del taller á su padre, á quien las enfermedades tenian casi continuamente postrado, aprovechando algunos ratos que tenia libres en estudiar por sí solo el arte métrica del P. Losada, y los idiomas francés é italiano.

En diciembre de 1824, hallándose su padre ausente de Madrid, fué por primera vez al teatro Hartzenbusch, acompañándole su hermano, y eligiendo el del Príncipe, donde se representaba aquella noche, una ópera en un acto titulada *Antinoo en Eleusis*, un baile pantomímico y un sainete. Fué tal la admiracion que en él causó aquella representacion, que desde entonces no tenia otro anhelo que el de poder frecuentar el teatro, hácia el cual se sentia guiado por su vocacion.

La primera obra que hizo, mas bien que traduccion, fué una imitacion, y es á la que dió el título de *Floresinda*; y la que siguió á esta otra arreglada de Voltaire, *Adelaida Duguesclin*; pero la primera que vió representada en el teatro de la Cruz, en 24 de abril de 1829, fué la refundicion del *Amo criado*, una de las mejores de D. Francisco de Rojas. Siguiéron á esta refundicion, en el mismo año, dos piezas que trajo del francés, *El regreso inesperado*, de Regnard, y *El Tutor*, de Dancourt.

Ajeno á las contiendas literarias de su época, y aislado por las tareas de su oficio, solo estudiaba el teatro antiguo español y el clásico francés, pues en aquel tiempo solo se daban al teatro español traducciones medianas, y rara vez alguna original de Gil y Zárate, Gorostiza ó Breton de los Herreros; del estudio de nuestro antiguo teatro adquirió el señor Hartzenbusch el gran interés, la habilidad en la pintura de los caractéres, que tanto distinguen á sus producciones, y la decidida afición á refundir aquellas obras que, no pudiendo representarse conforme estaban escritas, privaban al público de aplaudir las concepciones de tan sublimes ingenios.

Refundió *Los empeños de un acaso*, de Calderon, y *La confusion de un jardín*, de Moreto; á cuyas obras debe haber logrado ver representada su primera produccion original, el 8 de febrero de 1831. Encomendóle la empresa del teatro de la Cruz el arreglo de un monstruoso comedia del siglo pasado, original de D. Manuel Fermin de Laviano, titulado *La Restauracion de Madrid*, encargo que aceptó el Señor Hartzenbusch, conociendo lo difícil que era, solo por ver representadas aquellas dos obras que tenia refundidas. El éxito que obtuvo fué lamentable, y nuestro poeta oyó los silbidos con que se acogia, prometiendo no asistir jamás á la primera representacion de sus obras, palabra que ha cumplido hasta hoy fielmente. No desmayó su vocacion por esta in-

fausta acojida, antes al contrario redobló sus esfuerzos, y refundió el *Edipo*, de Voltaire, tradujo la *Méropé* de Alfieri, y escribió una *Medea*, original.

Por el año de 1834, despues de muerto su padre, logró alcanzar una plaza de taquígrafo temporero en la *Gaceta*, ocupacion que, si bien no era muy lucrativa, le permitia por lo menos dedicarse con mas desahogo á sus ocupaciones privilegiadas.

En 1837 se representó por primera vez su drama *Los Amantes de Teruel*, que elevó á su autor á la altura en que hoy le vemos, cambiando su situacion, que vino á ser algo mas próspera, al ver solicitadas sus poesías y sus artículos por los editores. Estos artículos y poesías se publicaron en distintos periódicos, y son generalmente muy conocidas.

Siguió á los *Amantes de Teruel* una imitacion poco feliz de la *Angela*, de Dumas, y á esta, *Doña Mencía ó la boda en la Inquisicion*, que alcanzó para su autor la Cruz de Isabel la Católica. Siguieron á estas obras otras muchas, cuyos títulos son: *La Redoma encantada* y *Los Polvos de la Madre Celestina*, ambas de magia, *La Visionaria*, las *Batuecas*, *La Coja y el Encojido*, *El Bachiller Mendarias*, *Honorio*, *Primero yo*, *El novio de Buitrago*, *Juan de las Viñas*, *La Abadía de Penmark*, *El Abuelito*, y otras menos notables.

En 1845 se representó *La Jura en Santa Gadea*, drama que fué muy bien recibido, asi como en el año siguiente *La Madre de Pelayo*. Mas posteriormente se

representaron *La Ley de Raza*, *Un si y un no*, *Vida por honra* y *El Mal Apostol y el Buen Ladron*.

Ha escrito tambien para el teatro en colaboracion con otros autores:

¿Es un bandido?, con D. Juan Diana; *Una onza á terno seco*, con el Sr. Rubí; *La Esclava de su Galan*, refundicion de Lope, con el Sr. Breton; y *Jugar por tabla*, con los Sres. Valladares y Rosell.

Nada decimos de sus poesías y fábulas, por ser conocidas y admiradas de todos, asi como tambien lo es la coleccion ordenada por él de varios tomos de la de Autores Españoles que publica el Sr. Rivadeneira.

Tambien son notables, si bien no tan conocidos, sus discursos académicos; siendo el mas digno de citarse el que leyó al admitirle en su seno la Real Academia Española, en el que trazó con notable erudicion y minuciosa critica el *Carácter distintivo de las obras dramáticas de D. Juan Ruiz de Alarcon*.

Desde 1844, en cuya época fué condecorado con la Cruz de Carlos III, es Bibliotecario de la Nacional de Madrid, cuyo puesto ocupa aún hoy, contando con el aprecio y respeto de sus amigos, que con fundada esperanza verán el nombre de Juan Eugenio Hartzenbusch pasar á la posteridad.

J. de la V.

Al publicar esta «Galería de Contemporáneos», hemos tenido por móvil el deseo de dar á conocer á cuantos en nuestros dias han logrado merecida reputacion en las letras, en las ciencias, en las artes ó en las armas.

Si bien todos cuantos figuren en la Galería gozan de justa fama, la mayor parte no son conocidos personalmente sino por un número reducido de personas.

Al leer un libro que abre nuevo sendero á nuestro pensamiento, al aplaudir una obra dramática que nos conmueve, al conocer un invento que cambia la faz de la sociedad, al estasiarnos ante un lienzo ó una estatua que nos hablan el misterioso lenguaje del sentimiento, admiramos sí al genio que concibió, al ingenio que meditó y á la mano que dió vida, pero rara vez conocemos al hombre cuya obra admiramos.

A satisfacer este deseo tiende nuestra publicacion, de la que solo diremos dos palabras mas acerca de la breve reseña biográfica que acompañará á cada uno de los retratos fotográficos.

No pretendemos hacer una biografía completa, ni juicio crítico de obra alguna: meros narradores de los principales sucesos de la vida de cada uno, no escribirá nuestra inesperta pluma elogios asalariados ni crítica vengadora, pues, caso de deslizárenos, consignará simplemente alguna observacion ó parecer, cuya censura admitimos desde ahora.

